

LIA CIGARINI

Un conflicto explícito

1. Estoy de acuerdo con la invitación de la editorial a *recolocarnos históricamente*. (Prefiero esta expresión a la de «interrogarnos sobre el sentido de la política»; pero creo que queremos decir lo mismo).

Doy fe de que el patriarcado ha terminado y ya no es una categoría útil para explicar mis contradicciones en el hacer que hablo y actúe la diferencia femenina.

De esto tengo que sacar consecuencias. Por eso hablo de recolocación, es decir, de pensar la realidad, toda la realidad, a partir de la diferencia sexual. Y no me turba la «pérdida de la comunidad política de las mujeres».

Querría decir, no obstante, como inciso que no me reconozco en la reconstrucción que hace la editorial de la relación entre política de las mujeres y política de izquierda.

Cuando, a finales de los años sesenta, algunas se reunieron entre solo mujeres para tomar conciencia, en primera persona, de la opresión fálica, hicieron un corte limpio con cualquier política dada.

También con la política de la izquierda, que era y es la de la emancipación y de la liberación de las mujeres. Obstáculo, pues, más que ayuda para quien quería hacer hablar a la experiencia

profunda de cada mujer. Experiencia nunca contada antes de ese momento a no ser en algún valioso texto literario.

Acto de separación, acto político de otro signo, sexuado. Acto imprevisto para quien tenía detrás de sí una robusta línea de emancipación. Toma de conciencia que ha tomado la misma forma política (pequeño grupo exclusivamente de mujeres) en países con instituciones políticas muy distintas.

La editorial cuenta, pues, una historia política igualmente importante pero distinta. De todos modos, la parábola política que describe es una señal importante: si el padre odiado-amado (partido) se ha disuelto en las mentes y en los corazones de tantas mujeres, el patriarcado ha realmente terminado.

Dicho esto, no queda nada resuelto. Ni mucho menos.

Estamos en un cambio profundo de civilización. Me parece, pues, reduccionista interrogarse sobre lo que podría ser hoy el sentido de la política para una ciudadana (?) de este país.

2. Este cambio de civilización tiene como protagonista a un sexo desconocido porque la diferencia femenina está fuera de las categorías interpretativas actuales.

De ahí la sensación de suspensión y de vacío.

Pues ya no es posible echarle la culpa a la arrogancia masculina, habiendo fracasado sus saberes. Ni se poseen, por otra parte, contenidos estables: la igualdad delimita un campo de valores y de objetivos a conseguir como la igualdad de salario, carrera, derechos, etc. La diferencia, no. La diferencia no me ha dado ni me da más que puntos de apoyo para entender y hendir el orden simbólico: el partir de sí y la relación en vez de la organización y la representación.

A veces, en los debates, tengo la sensación de que la diferencia, a pesar de ser experiencia profunda y cotidiana de cada mujer, se sustrae a la captura de la interpretación. Yo creo que porque hay reticencia a asumirla y actuarla en el mundo. Hacer de ella un hecho político, no interior.

La misma editorial la pone fuera del cuadro. Y se están difundiendo teorías feministas tituladas «más allá de la diferencia» que ponen de manifiesto incluso una voluntad de abandonar la exploración del tema.

Yo pienso, por mi parte, que no se puede entender el cambio, este cambio de civilización, sin colocarse en el punto de vista de la diferencia sexual, de la relación de diferencia.

Querría poner un ejemplo.

Formo parte de un grupo que discute sobre el trabajo. Tenemos la ambición de no reflexionar solo sobre el trabajo femenino, a pesar de que es el gran acontecimiento nuevo de los últimos diez años; sino de interrogarnos sobre el *sentido* del trabajo para hombres y mujeres.

La indagación de sentido, que es trabajo político de lo simbólico y puesta en juego de la subjetividad, la ignoran los políticos, los economistas y las mujeres *realistas*, presentes sobre todo en los sindicatos y en los partidos de izquierda. Se ha abierto un conflicto explícito. Al pensamiento y la práctica de la diferencia se les acusa de obstaculizar la defensa de los intereses materiales de las mujeres. Nosotras, por el contrario, intentamos tener como pista, para entender la realidad que cambia, la diferencia; es decir, reflexionamos a partir de nuestra experiencia para entender cómo estamos y cómo están las mujeres y los hombres en esta nueva situación laboral. Aun así, si descubrimos que se nos mete dentro mucho de este orden social, nos parece que perdemos la pista y que no entendemos qué es lo que está pasando. ¿Quizá porque las mujeres se están virilizándose? Y sin embargo, en otros momentos y en otras situaciones descubrimos

que ellas no aceptan el uso instrumental de las relaciones para alcanzar el poder. Quieren, en cambio, trabajar mejor. Se recupera el aliento y se intenta proceder en la indagación dejando en suspenso nuestras expectativas y dando un paso atrás con respecto a la potencia de la interpretación marxista.

Es, pues, todo muy difícil porque empezamos impulsadas precisamente por la necesidad de operar en ese vacío en el que nuestra experiencia del trabajo no ha sido pensada y no tiene palabra. Los textos escritos por hombres y por mujeres sobre la transformación del trabajo nos dan un análisis serio de los aspectos macroeconómicos de la cuestión, pero ignoran la diferencia, el sexo femenino, que es, a nuestro parecer, el principal protagonista de esa transformación.

No creo que se trate de «cansancio del deseo». Aparte del hecho de que el deseo no tiene objeto, tanto yo como las otras del grupo deseamos intensamente que la transformación no se limite a un reequilibrio de poderes entre mujeres y hombres dentro del orden capitalista que, de este modo, seguiría igual. Sin embargo, es difícil, como decía, percibir las señales, dar un paso atrás con respecto a las interpretaciones feministas y a las propias expectativas. Es difícil empezar un relato puntual de la situación de trabajo y de vida en que nos encontramos como resultado de la fuerza conquistada y de la autoridad femenina. Muchas se dan por satisfechas porque las ganancias han sido considerables. Esto explica el decaimiento y la pérdida de vitalidad de muchos espacios de mujeres. En realidad, estamos diseñando conflictos nuevos y contradicciones nuevas.

3. No he usado ni apreciado nunca el término «comunidad política de mujeres». He practicado, en cambio, la disparidad, la contradicción, el *affidamento*. Relaciones por las que una se abre al mundo, mientras que la comunidad te encierra.

Por fortuna, se ha perdido.

La comunidad es genérica, se basa en la lógica de la identidad y no

en las relaciones de diferencia.

Hoy las relaciones entre mujeres se constituyen o se pueden constituir en cualquier ámbito social. Los espacios separados, como recordaba, se van deteriorando (para mí fue una señal del final del patriarcado). Viven, en cambio, las relaciones privilegiadas entre mujeres porque solo estas relaciones pueden dar una medida autónoma de sí. La separación tiene, pues, todavía historia por delante, pero como relación de diferencia.